

2. VAMPIRO

Me presento en el Vampire State a las ocho de la noche. Jericó me ha informado que el lugar abre al público a las nueve; que las primeras personas llegan tipo diez o diez y media; que recién a las once y media el lugar está lleno para que a las doce se “abra pista” y todos se pongan a bailar; que a la una de la mañana el lugar es un infierno de gente apretujándose y dándose codazos en nombre de la música que suena a todo volumen; que las cuatro de la mañana es la hora en que los hombres vomitan, se pelean o se duermen en sus asientos; que a las cinco las mujeres empiezan su desfile hacia el guardarropa y luego hacia la calle; que a las cinco y media ya no queda prácticamente nadie y que entre las seis y las seis treinta el personal se retira a sus casas, que en mi caso no sería mi casa sino la casa de Cora.

Voy vestido con el pantalón negro y la camisa blanca que me exigieron. Tuve que comprar la camisa porque en mi mochila yo tenía únicamente playeras, que antes de salir de Argentina se llamaban remeras. Si en Argentina uno dice *playera* el que oye se figura alguna prenda veraniega para ser usada exclusivamente en la playa (aunque, si se considera también que en Argentina, cuando alguien dice *remera* nadie imagina que la prenda es exclusivamente para practicar remo, entonces hay que admitir que estas consideraciones no son más que suposiciones, posiblemente erróneas). También me pidieron que fuera con zapatos negros pero, como no tengo, me puse mis zapatillas negras (en Argentina, zapatillas; en México, tenis, aunque lógicamente no todos las usan para jugar al tenis). Antes tuve que hacerlas lustrar en la calle, quitándoles todo rastro de viajes y países recorridos, única característica que las volvía algo respetables. Llevo las medias agujereadas, pero eso no importa: ¿quién va a meterse detrás de la barra para fijarse en las medias de un barman?

Tony ya está en la puerta, de brazos cruzados. Tiene unos cuarenta y cinco años, viste un impecable traje negro y lleva el cabello (también negro aunque con algunas canas) atado en una pequeña cola de caballo. Seguramente se llama Antonio, pero Jericó ya me ha

advertido que debo decirle Tony. Si así quiere que lo llamen, no voy a ser yo quien se lo discuta, básicamente porque no sería buen negocio hacerlo enojar: cuando dije que Tony está en la puerta quise decir que Tony ocupa exactamente todo el hueco de la puerta, tanto en alto como en ancho. Tiene una cicatriz sobre la ceja derecha. Sus fosas nasales están dilatadas y las comisuras de sus labios están apuntando hacia abajo, hacia sus zapatos negros y brillantes. El reflejo invertido del charol puede dar a entender, erróneamente, que su boca muestra una sonrisa.

Le explico a Tony que vengo a ver a Julio César por razones de trabajo. Amablemente, Tony me hace esperar en la calle. A los cinco minutos regresa (me parece que cojea ligeramente) y se para justo bajo el haz de luz del pequeño farol de la entrada. Creo que se para ahí a propósito; me parece que sabe que esa lucecita provoca en su rostro sombras que son como huecos, lo que termina de darle un aspecto amenazante que conviene a su empleo. Me dice que pase, que encontraré a Julio César en la barra del fondo.

Si el Vampire fuera un vampiro de verdad, éste sería el momento justo para clavarle una estaca de madera en el corazón: la discoteca es absolutamente vulnerable ahora que las luces delatan cada una de sus

imperfecciones. Completamente iluminada y sin más gente que la del personal de limpieza (y algún otro trabajador de la noche que hoy ha decidido llegar temprano, como yo), el Vampire State se encuentra desnudo ante la claridad del ambiente plagado de luces. Expuesto como un sapo con la panza abierta sobre la mesa del laboratorio, el local desnudo y abierto deja ver cómo son sus entrañas: es un gran galpón de techo alto, de metal, recubierto con paneles acústicos negros, entreverados con todo tipo de artefactos luminosos. Las paredes de piedra, semejantes a las de un castillo gótico transilvano, admiten humildemente su engaño de papel maché, fibra de vidrio y otros materiales de utilería, ahora evidentemente arruinados, quemados por miles de desafortunados cigarrillos y manchados por diversos líquidos que han ido derramando sobre ellos los borrachos de cada noche. Los dibujos de las paredes, ubicados no donde éstas simulan piedra sino más arriba, cerca del techo (un cielo nocturno incrustado de vampiros oscuros; una luna enorme cruzada por una filosa nube plateada; vampiresas *sexies* y dráculas andróginos; parajes neblinosos coronados por picos en cuyas cimas se encaraman castillos tenebrosos), denuncian a gritos que fueron hechos por manos algo inexpertas: figuras desproporcionadas, con colores fosforescentes, irreales, exce-

sivamente saturados, encajados en una composición algo rebuscada. También les hace falta mantenimiento; parece que van a terminar de borrarse de un momento a otro. La música, ausente, colabora con el aspecto moribundo del lugar: se escuchan los estropajos repasando el piso, las escobas barriendo; las voces retumban, regresan a uno para confirmarle lo que ha dicho.

Paso junto a la barra grande; todavía no ha llegado nadie. Camino con las manos en los bolsillos, voy mirando el piso de madera. A pesar de los esfuerzos del personal de limpieza, el piso no deja de verse manchado, aleopardado por la acción de una constante lluvia de meteoritos incandescentes, las miles de colillas de cigarrillo que han impactado sobre él cada noche. Una alfombra roja —quemada, manchada; todo parece estar quemado y manchado en este lugar— persigue los movimientos serpenteantes y angulosos de la escalera que va al salón VIP, siempre subiendo, siempre quieta y siempre en curva. El salón VIP, más que un salón, es un balcón en desnivel cuyo límite consiste en una baranda de hierro bastante barroca, pintada de un dorado muy ordinario. Hay, hasta donde puedo ver desde aquí abajo, pequeñas mesas redondas y bajas, vestidas con manteles rojos y coronadas con candelabros dorados en el centro.

Más allá de la pista de baile, en un extremo de la barra más chica, veo a tres hombres. Se van haciendo más grandes a medida que me acerco, sin prisa: he sacado las manos de los bolsillos, he inflado el pecho con un poco de aire. Los veo cada vez con más detalles. Son tres; dos hombres flacos de camisa blanca y pantalón negro y uno no tan flaco de saco azul marino y corbata haciendo juego; tres hombres, dos metidos hasta el ombligo en la barra, el de saco acodado de este otro lado. Cuando estoy a dos metros de ellos, uno de los de la barra levanta la vista y me mira, provocando que el hombre del saco también gire para verme. Reconozco a Julio César preso en el lazo de la corbata azul.

Llego junto a él, estrecho su mano, veo su rostro, confirmo que él es Julio César. Está igual que en la primera entrevista que tuve con él, cuando fui a verlo recomendado por Cora: Julio César, peinado con esmero matemático, como si hubiera gastado toda una vida anterior peinándose y el premio al reencarnar en este Julio César actual fuese gozar de una carencia total de necesidad de peinado, de una indespeinabilidad absoluta. Degollada por la corbata, su cabeza hasta podría ser atractiva para las damas de no ser por esa nariz, tan inoportuna en el medio de su cara, un gancho rapaz que se curva sobre sí mismo a un punto que parecería que el

aliento que Julio César expira por la boca necesariamente será aspirado otra vez por la nariz del mismo Julio César, haciéndolo respirar un flujo constante de anhídrido carbónico viciado. Quizás esta deficiencia respiratoria afecta en algo su sistema nervioso central, provocándole un tic en el ojo izquierdo que —con la colaboración del diseño exclusivo de su nariz— me recuerda en algo el parpadeo espasmódico de las palomas. Sólo que, si hay que elegir un pájaro para compararlo con el perfil izquierdo de Julio César, habría que optar más bien por algún ave de rapiña, quizás debido al fiero aspecto del ceño de Julio César, fruncido concienzudamente hasta el calambre.

—Manuel, buenas noches. Llegas a tiempo. Ven por aquí, voy a mostrarte donde vas a trabajar.

El “buenas noches” no sonó a amabilidad de su parte. Sonó mecánico, indiferente, como el resto de las cosas que dijo. Sigo a Julio César de cerca. Me vuelvo para saludar con un movimiento de cabeza a los dos hombres de la barra chica, pero ellos me miran sin inmutarse. Quizás no percibieron mi gesto, pero eso ya no importa porque cada vez los veo más pequeños y más abajo. Comenzamos a subir por la alfombra roja hacia el salón VIP.

El salón, o mejor dicho, el balcón, es bastante más grande de lo que se ve desde abajo. La decoración no

varía demasiado, pero se nota que hay un mantenimiento más cuidadoso en esta parte de la disco. De hecho, hay un tipo de overol, arrodillado en el piso, reemplazando una alfombra vieja perforada a balazos de cigarro por otra impecable, roja, sangre de felpa. Al fondo hay una barra iluminada. La barra tiene forma semicircular y está hecha de una madera de color claro, lustrada y barnizada. El semicírculo está respaldado en un gran espejo biselado que ocupa casi toda la pared; el espejo tiene delante estantes con botellas de todo tipo. El techo en esa zona es más bajo, está tachonado de pequeñas luces redondas y termina en un reborde curvo, ondeante. En el sector del bar predomina la coloración amarilla, quizás debido a las mismas luces. En la pared de la derecha, un poco más allá de la barra semicircular, hay otra barra, sólo que es recta y está enmarcada en un largo hueco rectangular en la pared, como si fuera una ventana. Esa barra está a oscuras. Hay algunos bancos junto a la barra semicircular y también otras mesitas, iguales a las que vi desde abajo.

—Éste es el lugar —comienza a explicarme Julio César—. ¿Te ha comentado Jericó lo de los horarios? —quiere saber. Le respondo que sí—. OK. Allá es la cocina, detrás de la barra donde se preparan los tragos que los meseros llevan a las mesas. Tú vas a trabajar en la redonda

—se refiere a la semicircular pero dice así, “redonda”—, atendiendo directamente a los clientes. ¿Te ha enseñado Jericó como preparar los tragos? ¿Te ha explicado el Vampiro? Es el trago de la casa, la gente lo pide mucho.

Le digo que sí, que Jericó me ha explicado todo hace dos días. Por supuesto que no le aclaro que, aunque Jericó sólo se remitió a los tragos más pedidos, igualmente me ha explicado demasiadas cosas en un sólo día, y que entonces hay muchas que apenas recuerdo. De todas maneras estoy tranquilo, porque sé que Jericó trabaja en la misma barra donde lo haré yo; podré consultarle lo que quiera.

—Muy bien, muy bien. Perfecto. Ahora pon atención, porque ésta es la regla de oro de la casa.

Hace un gesto melodramático, se pasa una mano por el cabello sin alterar ni un solo pelo, acomoda un candelabro en el centro geométrico de una de las mesas, mira a su alrededor buscando al culpable de semejante descuido, se acuerda de lo que estaba por decirme, acerca su cara a la mía, frunce el ceño hasta lo inimaginable. Me preparo a escuchar la Verdad, el Secreto del Universo. Por fin dice:

—Aquí arriba el cliente *siempre* tiene razón.

Se queda esperando algún gesto de coincidencia de mi parte, mientras yo me quedo esperando que él prosi-

ga. Sin mover un músculo espero que Julio César diga algo más. Algo nuevo. Eso no puede ser todo: eso de que el cliente siempre tiene razón es una frase que hoy es utilizada hasta por una anciana propietaria de una mercería. Ésa no puede ser la clave del éxito.

Julio César interpreta mi falta de reacción como incompreensión de sus palabras. Se irrita ligeramente, cosa que se manifiesta en una mayor frecuencia de su tic. Marcando sus palabras con un dedo índice elevado, Julio César amplía el tema del cliente:

—Somos sus esclavos. Quieren que les sonriamos, que les sirvamos. Quieren el vaso siempre lleno y el cenicero siempre vacío. Éste es su castillo, somos sus vasallos y ellos son los reyes, la noche es una fiesta en su honor. Allí abajo baila el pueblo, la masa, la plebe, fantasmas, nadie. Pero aquí arriba es el castillo imperial, ellos son condes, son ángeles, diablos, son lo que ellos digan que son. Inclusive dioses, si ellos quieren son dioses y ésta es su morada, el Ásgard, el Olimpo. Como dioses que son, ellos llenarán tu copa de oro —señala un copón enorme cuyo vidrio reluce sobre la barra del bar— o ellos mismos serán los que acaben con tu existencia. Una sola queja de los dioses y desapareces. ¿Me entiendes lo que quiero decir, Manuel?

Como para no entender.

—Sí, claro —digo con exagerada seguridad.

—Ok. Prepárame un Vampiro, a ver qué tal te sale.

—Enseguida.

Paso del otro lado de la barra. Pienso en los ingredientes: jugo de tomate, tequila, limón, salsa tabasco... ¿o era vodka? No, con vodka sería más bien un Bloody Mary. ¿O simplemente tequila, sangrita y nada más? No puedo dejar que Julio César vea que estoy dudando. Entonces comienzo, sin saber muy bien lo que hago. Julio César no me quita los ojos de encima, el tic se le va tranquilizando. Comienzo echando el hielo. Las proporciones serán un problema.

El tipo de la alfombra termina su trabajo y llama a Julio César para decirle algo. Aprovecho la distracción y me apuro a terminar la mezcla, calculándolo todo a ojo. Antes de que Julio César regrese, pruebo el trago que he preparado, paladeo la sangre del vampiro. No sabe mal, pero vaya uno a saber si es lo que Julio César espera. Limpio el borde del vaso con una servilleta, agrego algo más de sangrita hasta que el líquido llega nuevamente al borde del vaso. Me quedo esperando que Julio César venga a probar el trago. Un repentino ataque de paranoia me empieza a subir por los pies cuando me descubro en un espejo del bar: es posible que, sin que yo me diera cuenta, Julio César haya podido verme bebiendo de su

vaso en el reflejo de alguno de esos espejos indiscretos, límpidos tras las botellas que se mueren de aburrimiento sobre los estantes de vidrio. Me veo a mí mismo, tenso entre las botellas gigantes y duplicadas, esperando al pájaro que discute sobre la alfombra, discute parado sobre la alfombra y discute sobre el trabajo de la alfombra, el trabajo que el tipo de overol acaba de terminar. Me veo con camisa blanca y nueva, con pantalón negro, la piel de mi cabeza brillando amarilla bajo las luces de la barra, yo pequeño y lejano entre las botellas enormes, más próximas al espejo. Intento tranquilizarme con la ficción mental de que los vampiros no se reflejan en los espejos: así trato de convencerme de que Julio César no puede haber visto a su Vampiro llegando a mis labios, a lo sumo habrá visto una extraña mímica de hombre que bebe el aire. De repente todo en la vida depende de un momento, de pruebas tan estúpidas como ésta. Me veo pequeño junto a las botellas, insignificante, prescindible, inútil; siento que una prueba ínfima como ésta puede acabar conmigo instantáneamente. Disimulo, claro, por fuera no soy más que un hombre que espera a otro para que beba de un vaso rojo, frío. Pero, mientras espero, me miro en el espejo y en él veo la verdad, sólo yo percibo ahí lo que es real: soy un hombre pequeño con una barba prolija que le custodia la boca, una barba

que se parece a un candado; soy joven aunque no lo parezca tanto gracias a la herencia de mi padre, una calvicie prematura que me ha obligado a raparme por completo para así disimularla en su obviedad, para darle intención a algo que en realidad es totalmente ajeno a mi voluntad. Visto camisa blanca, pantalón negro y estoy —sin saber para qué, o peor, *por qué*— en un lugar del mundo donde nunca imaginé que estaría. Me veo entre las botellas, inmóvil. A mi lado, en una etiqueta de whisky, Johnnie Walker me da la espalda y se aleja de mí con paso rápido; como yo, él también se mueve pero está quieto, él también va a ninguna parte.

De la novela *Bares vacíos*.

© Martín Cristal, 2001.

www.martincristal.com.ar

